

Amanecer en África

Scarlett Butler



www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#AmanecerEnAfrica

Colección: Tombooktu Romance
www.romance.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Amanecer en África*
Autor: © Scarlett Butler

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2016 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-89-5
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-90-1
ISBN Digital: 978-84-15747-91-8
Fecha de publicación: Abril 2016

Impreso en España
Imprime: Servicecom
Depósito legal: M-6529-2016

A todos esos médicos voluntarios que dedican sus vidas
a ayudar a los demás.

Índice



Capítulo 1	13
Capítulo 2	33
Capítulo 3	43
Capítulo 4	55
Capítulo 5	65
Capítulo 6	75
Capítulo 7	83
Capítulo 8	91
Capítulo 9	105
Capítulo 10	115
Capítulo 11	127
Capítulo 12	135
Capítulo 13	143
Capítulo 14	149
Capítulo 15	157
Capítulo 16	167
Capítulo 17	171
Capítulo 18	179
Capítulo 19	187

Capítulo 20	193
Capítulo 21	201
Capítulo 22	207
Capítulo 23	211
Capítulo 24	219
Capítulo 25	227
Capítulo 26	235
Capítulo 27	241
Capítulo 28	247
Capítulo 29	253
Capítulo 30	259
Capítulo 31	265
Capítulo 32	271
Capítulo 33	277
Capítulo 34	283
Capítulo 35	289
Capítulo 36	295
Capítulo 37	301
Capítulo 38	305
Capítulo 39	313
Capítulo 40	319
Agradecimientos	333

Cada amanecer es una esperanza
y al dormirnos soñamos con ello.
Renacer, dejar vidas atrás, volver a ser, amar...
Cada amanecer nos brinda la oportunidad, siempre,
de comenzar, una vez más.

1



—Por enésima vez, no voy a cambiar de parecer. Es mi última palabra. Me marchó mañana y punto —dijo Sarah de forma contundente.

Ya no lo soportaba más. Desde que había tomado la decisión no hacían más que cuestionarla e incluso intentaban que cambiase de opinión, pero estaban muy equivocados si creían que algo podría hacerle cambiar de rumbo. Al día siguiente cogería un vuelo camino a Obandé, un pequeño poblado en África central. Bien era cierto que debía hacer varias escalas y que sería un largo viaje, pero eso sería lo menos duro a partir de entonces. Se marchaba a un país africano donde había de todo: pobreza, conflictos, necesidad, corrupción... Pero Sarah estaba convencida, al día siguiente dejaría su vida tal y como la conocía hasta ese momento, porque aquella mujer en la que se había convertido con el paso de los años no era ella. No se reconocía, jamás había sido como su familia, y mucho menos como Joseph, su marido, del que se estaba separando y que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Nada le importaba, ni las riquezas ni aparentar ser quien no era. Por fin había encontrado el coraje de romper con todo, a pesar de que su familia no quisiera saber nunca más de ella, lo aceptaba a duras penas.

Entendía que no desearan esa vida para ella, pero no había marcha atrás.

El jefe de cirujanos del hospital donde trabajaba en Boston le había propuesto meses atrás trabajar durante un año en una de las misiones en África y ella no dudó ni un instante en su respuesta. Siempre sintió ese apego por los más necesitados. Sus padres no entendían de dónde habían salido esos sentimientos porque, desde luego, en casa no había sido. Allí todo eran fiestas glamurosas, viajes carísimos, compras innecesarias... Sin embargo, Sarah no había sentido nunca la necesidad de comprarse un coche caro. Cuando les dijo a sus padres que quería trabajar para ganar dinero y poder comprarse por sí misma un modelo de segunda mano, pusieron el grito en el cielo y le cayó una buena bronca. Debía acatar las normas de la alta sociedad que tanto detestaba. Su padre, el señor Collins, al ser el alcalde de la ciudad, debía aparentar y fingir que todo era perfecto en casa. Desgraciadamente, no era así pues sus padres hacía mucho tiempo que habían dejado de amarse, aunque seguramente el cariño quedaba.

No le dejaban hacer nada a su manera, así que no pudo tener el coche de segunda mano que ella deseaba, tuvo el último modelo de Mercedes. Con la ropa sucedía lo mismo, siempre las últimas tendencias y cuando viajaban era con estancia en hoteles resort de lujo. Sarah no entendió jamás ese tren de vida y en cuanto tuvo la mayoría de edad huyó de todo aquello.

Con el dinero que sus padres habían depositado en una cuenta el día que nació, alquiló un modesto apartamento en Boston que, lógicamente, ellos aborrecían, y eso la hacía sentirse mejor. Ella los quería, pero eran tan esnobs que le encantaba hacerles rabiarse de vez en cuando. El lugar donde vivía era un sencillo edificio de tres plantas sin ascensor. Un segundo que contaba con dos habitaciones simples, una cocina pequeña y un salón del tamaño del hall de la casa familiar, pero con una amplia terraza, su lugar favorito del apartamento. Su madre, cuando fue la primera vez a visitarla, se quedó tan horrorizada que jamás volvió; su padre, por el contrario, ni siquiera lo había intentado. ¿Y qué decir de su hermano? Ese apenas daba señales de vida. Veía a Sarah como

un bicho raro porque rechazaba todas las comodidades y la vida lujosa en la que vivían. Robert, el aspirante a político, era el ejemplo perfecto de hijo. Alto, moreno y corpulento debido a los años de rugby en la universidad, tenía los ojos del mismo color que Sarah, pero eso era en lo único que se parecían. Siempre había hecho lo que sus padres ordenaban, no cometió ninguna locura como la que ella estaba a punto de hacer y como su novia era la hija del senador, estaban muy orgullosos. Llevaba meses diciéndoles que la decisión estaba tomada pero seguían con la misma actitud que el primer día que comunicó su viaje...

Meses antes de partir hacia África se encontraba en el coche con las manos en el volante sin saber cómo comunicar la noticia. Después de pensarlo mucho y de hablar con Nic, su amiga del alma, la decisión estaba tomada, se iría a trabajar a Obandé en el hospital que acababan de construir. Era su sueño y ya era hora de llevarlo a cabo tras años persiguiéndolo. Se armó del valor necesario, se bajó del coche que acababa de aparcar en la entrada de la gran mansión donde había vivido durante años y entró en su interior para asistir a una de las comidas familiares que, de vez en cuando, su madre, Mary Ann Collins, organizaba. El paso de los años había hecho mella en su rostro pero aún conservaba la belleza de antaño. El pelo aún lo llevaba largo por los hombros, pues era su mayor orgullo. Se vestía siempre muy formal con colores neutros que la favorecían mucho. Sus ojos verdes, como los de sus dos hijos, se escondían bajo las gafas que no le robaban ni un ápice de color.

Rose, una mujer de unos cincuenta años que había trabajado toda la vida en casa de sus padres, abrió la puerta y le dio la cálida bienvenida que necesitaba. Tras separarse de su abrazo, Sarah se dirigió al salón donde ya se encontraba su familia tal y como Rose le había indicado. Al entrar, vio a su madre sentada en el sillón leyendo una de las revistas de decoración que tanto le gustaban, su padre estaba de pie fumando y Robert, como era habitual, enganchado a su teléfono móvil. Su padre, Thomas Collins, era un hombre menudo, como ella, pero con un carácter muy exigente e incluso a veces autoritario cuando

algo no le salía como él esperaba. Moreno y con los ojos negros como la noche, cuando discutía tenía una mirada fiera que asustaba a cualquiera.

—Hola, familia —dijo.

—¡Sarah, querida! —contestó su madre nada más verla dejando la revista en la mesita de café junto al sillón. Se levantó y se acercó a saludarla con un tímido y rápido abrazo. Su padre la saludó también y Robert simplemente musitó un «hola».

Se sentaron en la mesa y comenzaron a comer con aparente tranquilidad, pues Sarah aún no había soltado la bomba informativa que, sin duda, la explotaría en toda la cara. Cuando al fin encontró el coraje para comunicar su decisión, fue directa y clara:

—Tengo que contaros algo importante —dijo consiguiendo que todos la miraran con interés—: En unos meses me marcho a Obandé. Está en África Central, voy a trabajar como doctora titular en el hospital que acaban de construir.

Decir que sus caras fueron de asombro era quedarse corto, porque durante algunos minutos no dieron muestras de nada. No reaccionaban, simplemente, la miraban como si se hubiese vuelto loca. Al ver que nadie se manifestaba, Sarah rompió el tenso silencio:

—¿No decís nada? —preguntó intrigada.

—¿Nada? ¡Caray, hermanita, tú sí que sabes cómo ambientar una comida familiar! —dijo Robert riéndose y recostándose en la silla, preparándose para el espectáculo que se iba a producir en pocos segundos.

—A ver, Sarah, ¿qué clase de tontería es esa? —preguntó el cabeza de familia muy serio tocándose el puente de la nariz. Ese gesto era un tic que solamente hacía cuando algo le exasperaba.

—No es ninguna tontería, papá. De sobra sabéis que ha sido mi sueño desde hace años y por fin voy a cumplirlo.

—¿Tu sueño dices? ¿Viajar a un país tercermundista donde la población muere por una gripe es tu sueño? ¿Tú, que sufres cada vez que ves morir a un paciente en el hospital? —respondió él con la frialdad que le caracterizaba.

—Está decidido.

—¿Así que está decidido? Y Joseph, ¿qué opina de esto? Porque supongo que tu esposo tendrá algo que decir —continuó rebatiendo cuando sabía perfectamente que estaban separados y que ya no hacían vida en común.

—Joseph ya no tiene nada que ver en mi vida, como bien sabes. Estamos separados y, aunque no deja de molestarme, yo no tengo porqué contarle mis cosas.

—¡Dios Santo! —gritó su padre muy enfadado dando un golpe en la mesa antes de levantarse y comenzar a pasear por el salón. Su madre tenía la mirada fija en su plato y no hablaba, pero Sarah necesitaba saber cuál era su opinión al respecto.

—¿Y tú no dices nada, mamá?

—¿Qué va a decir si cuando queremos opinar nos dices que está decidido y punto! —continuó gritando antes de abandonar el salón.

—Sarah, ¿se trata de una broma? —preguntó Mary Anne, mirándola por primera vez desde que había expresado su decisión.

—No, mamá, ya sabes que me encanta mi trabajo y ayudar a la gente. Me han ofrecido esta oportunidad que es el sueño de toda mi vida. ¿Cómo voy a desaprovecharla?

—Claro, ¿cómo vas a perder esa oportunidad aunque tu familia se muera de la angustia? —respondió ella con ironía y sin mirar a Sarah. Por descontado sabía que no lo iban a aceptar, pero en el fondo deseaba que la apoyaran. Sabía que estaba pidiendo un imposible.

—Mamá, por favor. —Su madre se levantó y salió también del salón dejando a Sarah a solas con su hermano.

—Desde luego que sabes cómo dar una noticia, hermanita. En fin, si crees que van a apoyarte es que, después de treinta y dos años, aún no los conoces. Yo, por mi parte, tampoco lo comparto pero sí es lo que quieres hacer, ten cuidado por allí —dijo su hermano gemelo, con quien apenas tenía nada en común. Aunque al menos este no la machacaba como sus padres. A continuación, la besó en la mejilla y se marchó dejándola sola.

No tenía la menor idea de adónde se habían dirigido sus padres hasta que al cabo de un rato vio entrar a su exmarido Joseph con ellos detrás. «Genial, lo que me faltaba», pensó.

—¿Qué es eso de que te vas a no sé qué país perdido de África, Sarah? ¡¿Es que te has vuelto loca de remate o es que eres tremendamente estúpida?! —dijo Joseph vociferando como si un demonio se hubiese adueñado de él. Sarah se levantó de la silla de un salto y se enfrentó a él, como hubiera hecho con cualquier otro que se hubiera opuesto a sus deseos, ya estaba más que harta.

—Imagino que mi padre te ha llamado, aunque sinceramente no veo el motivo. Tú ya no eres nadie en mi vida y, sí, me voy a cumplir un sueño que llevo años persiguiendo. Y me da igual que tú, o cualquiera de vosotros —dijo Sarah que iba enfureciéndose por momentos mientras señalaba con el dedo a sus padres—, no lo entendáis. ¡Es que ni siquiera necesito que lo aprobéis porque lo voy a hacer! Y sí, debes tener razón y soy completamente imbécil porque buscaba un poco de apoyo, pero ya veo que es una utopía. Después de todo, nunca me habéis apoyado cuando he tomado una decisión sobre mi vida.

Tras soltar todo aquello se sintió más relajada, aunque la situación se estaba complicando ya que su madre comenzó a llorar, su padre no hacía más que chillar y Joseph negaba todo el rato con la cabeza echando chispas.

—Te lo prohíbo —dijo su padre mirándola desafiante.

—¿Que me lo prohíbes? Papá, no tengo quince años. Hace mucho tiempo que tomo mis propias decisiones. No os estoy pidiendo permiso, sino que os comunico lo que voy a hacer. Aún tenéis unos meses para haceros a la idea.

—No hables así a tu padre, Sarah —la dijo Joseph como si tuviera vela en el entierro. Más que enfadada, se volvió hacia él y le echó una mirada gélida que no debió entender porque continuó con la charla—. Ven, vámonos a casa y hablaremos —dijo queriendo cogerla del brazo que instintivamente apartó.

—¡Cuándo te vas a enterar de que esa ya no es mi casa! Yo tengo mi propia casa donde por fin soy feliz. ¡Entérate de una vez! ¡Enteraos los tres! No necesito vuestro apoyo ni vuestro

respaldo. ¡Total, llevo así toda la vida! Solamente quería informaros pero no voy a cambiar de opinión así que ya podéis ir haciéndoos a la idea. Y tú, Joseph, deja de enviarme mensajes, de llamarme, de enviarme regalos... Nuestro matrimonio está acabado, es más, ¡nunca tenía que haber empezado!

Y liberada tras llevar años con una losa enorme a sus espaldas, salió de la casa de sus padres intentando contener los sollozos que se agolpaban en sus párpados. Se fue directa al coche y se dirigió a su apartamento a derramar todas las lágrimas que llevaba años guardando.

*

—No serás capaz de hacer sufrir así a tu pobre madre —dijo su padre haciéndole volver a la realidad. Ahora era su turno, y empleó el chantaje emocional que tan bien dominaba aunque no funcionaba con ella. Podía decirle lo que quisiera que por un oído le entraría y por el otro le saldría.

—Basta, papá. Por enésima vez, no voy a cambiar de parecer. Es mi última palabra. Me marcho mañana y punto —dijo Sarah de forma contundente—: ¿No comprendéis que no importa lo que me digáis? Ya está hecho. Mañana me voy a Obandé y no volveré hasta que finalice mi trabajo en el proyecto. Lo que deberíais hacer es apoyarme y no ponerme tantas trabas e incluso tratar de chantajearme para que no lo haga. Se supone que queréis la felicidad de vuestros hijos, pero está claro que es Robert el único del que os sentís orgullosos. No os preocupéis, que lo entiendo perfectamente. Después de todo es un calco vuestro: superficial, interesado, elitista, clasista... ¿Queréis que siga? —preguntaba Sarah mirando directamente a sus padres que la observaban como si no la reconociesen. Su madre, sentada en el gran sofá de miles de dólares se llevaba la mano al pecho y a la cabeza con los ojos llenos de lágrimas, pero no únicamente porque su hija se marchaba lejos a un país en transición aún con un gobierno reciente, sino porque no había podido salirse con la suya y conseguir que se quedase.

—¡Suficiente, Sarah! —gritaba su padre con los ojos inyectados en sangre, producto de la rabia que le consumía—. No

comprendo a quién has salido porque ni a tu madre ni a mí nos ha dado por esas cosas nunca. ¿Sabes que en esos hospitales maravillosos donde vas a trabajar hay mucha corrupción? ¿Que muchas veces los enfermos no se pueden pagar las medicinas y sufren terribles dolores e incluso mueren? Eso por no hablar de los conflictos que ocurren de vez en cuando. ¿Quieres que nos muramos de sufrimiento sin saber si estás viva o una bala ha atravesado tu cabeza? ¿Cómo puedes ser tan egoísta!

¿Egoísta? Aquello era el colmo. Su padre la tachaba de egoísta cuando se iba a ayudar a los más desfavorecidos. Pero así era la forma de ser de sus padres y, ella, a pesar de todo, les quería. Entrar en esa guerra cuando estaba a punto de marcharse todo un año no era su idea de despedida, pero con ellos era inevitable el enfrentamiento.

—Tengo que marcharme ya porque aún debo pasar por el hospital a comprobar el estado de algunos pacientes antes de viajar a África. No os pido que compartáis mi deseo pues sé que es algo del todo imposible, pero sí que lo respetéis. Me pondré en contacto con vosotros cuando pueda. —Con los ojos humedecidos y el ánimo devastado debido a la lucha continua que sostenía con sus progenitores, aquellos que supuestamente más te aman en el mundo y que simplemente desean tu bienestar, recogió su bolso y caminó hacia la puerta sin despedirse pero sus padres le dijeron que los esperara para acompañarla al coche. Sarah estaba deseosa de colaborar en el proyecto, pero aun así no dejaba de abandonar su zona de confort y eso la asustaba en parte, a pesar de que el trabajo que se disponía a realizar la enorgullecía tanto que con sólo pensar en África se animaba.

Llegaron al automóvil de Sarah y en silencio abrazó a sus padres que llorando y con aquellos besos húmedos le dijeron lo que eran incapaces de verbalizar. No se marcharon de la calle hasta que el coche desapareció. Después de todo, eran sus padres y la amaban, aunque su forma de demostrarlo no fuera la correcta.

*

Ya casi anocheciendo, Sarah se encontraba en el Hospital General de Boston visitando a sus pacientes, se había pasado medio día en casa de sus padres discutiendo y después se había marchado a pasear para reflexionar. Una vez en el centro hospitalario no esperó a cambiarse de ropa para preguntar a uno de sus compañeros qué tal se había desarrollado la tarde en su ausencia.

—¿Qué me he perdido? —preguntó curiosa a Kenneth, uno de sus colegas que estaba firmando unos informes en la recepción de urgencias.

—¿Pero tú no coges un vuelo mañana? —Quiso saber su compañero alzando la vista de sus papeles mirándola por encima de las gafas. Sarah le sonrió, pero no demasiado o podría pensarse otra cosa. Kenneth era un auténtico donjuán, con su metro ochenta, su pelo castaño bien peinado, los ojos oscuros, la piel morena y ese cuerpo escultural que podría provocar un infarto a cualquier mujer que se le acercara. De hecho, había tenido sus rollos con algunas enfermeras y no todas habían entendido que se trataba de un juego de seducción como otro cualquiera, muchas de ellas creían que les iba a jurar amor eterno. Sería un médico muy profesional, pero como pareja era un verdadero desastre. Lo mejor que podía hacer una mujer era ser su amiga y punto.

—Claro, mañana, pero aún no es mañana, así que dime si me he perdido algo antes de empezar la ronda de... —No le dio tiempo a terminar cuando vio cruzar a varios médicos con un paciente en bastante mal estado, ensangrentado, con collarín, fracturas a la vista... Se dirigían a toda velocidad hacia los ascensores camino al quirófano, pues en casos como ese el tiempo corría en su contra. Uno de los enfermeros que venía detrás de la camilla se acercó al mostrador donde se encontraban. Kenneth fue el primero en hablar:

—Eso tiene mala pinta, Anderson.

—Y tanto —contestó el enfermero cogiendo una de las carpetas y sujetando unos papeles en ella con una pinza—: Mujer joven, accidente de tráfico, unos treinta años, con taquicardia e hipotensión. Traumatismos en tórax y cabeza. Fractura de cráneo con posible hemorragia pero sin deformaciones de columna. Ha fibrilado varias veces y nos ha costado traerla de vuelta. Efectivamente, no pinta bien, pero es lo que suele suceder cuando no llevas el cinturón de seguridad puesto. —Como si de la previsión meteorológica se tratara, Anderson les relató el diagnóstico de la paciente.

Sin emociones, así debían comportarse, pero en ese momento Sarah pensó que aquella mujer tendría una familia que la quisiera y se estaría preguntando dónde estaba. Quizá un marido o un novio que esperaría su regreso para cenar o ver una película juntos en el sofá mientras se acurrucaban con una mantita por encima, una hermana a la que hubiera quedado en llamar para verse el fin de semana y contarse sus cosas o incluso unos preciosos hijos rubios y de ojos claros que esperaran ansiosos la llegada de su madre antes de irse a la cama.

Aquello la entristeció, pero rápidamente borró ese pensamiento de su cabeza comenzando su ronda. Así debían actuar, sin implicarse emocionalmente, porque si no caerían en un pozo sin fondo del que era muy difícil salir. A Sarah no se le había muerto ningún paciente hasta ahora, pero sí había visto a compañeros del hospital sufrir al ver cómo había fallecido alguno sin poder hacer nada para evitarlo. Llevaba relativamente poco tiempo trabajando, ya que mientras había estado casada con Joseph no había podido desarrollar su verdadera vocación y había sido una mera mujer florero.

Kenneth comenzó a explicarle lo último que habían tenido en las horas en que ella se había ausentado para estar con sus padres. Se dirigió a los ascensores con su compañero y subieron a la quinta planta donde Sarah empezaría su ronda en diez minutos. Tras ponerse el atuendo de trabajo, fue a la habitación de la señora Graham junto a su colega de trabajo que a partir del día siguiente se encargaría de sus casos. Esa paciente había sido operada hacía varios días del corazón y le preocupaba que empeorara.

—Buenas noches, señora Graham ¿cómo se encuentra? —La doctora entró en la habitación de su paciente con una sonrisa radiante al saber lo bien que evolucionaba.

—¿Doctora! Por fin viene a verme. He estado preguntando por usted pero me han dicho que deja mañana el hospital. —«Las noticias vuelan», pensó.

—Efectivamente, mañana me marchó, pero no me iré sin estar completamente segura de que se encuentra bien y por lo que veo así es. Todo está perfectamente —dijo mirando los informes sobre la señora Graham.

—¿Entonces ya me van a dar el alta? —Quiso saber ansiosa la paciente que estaba deseando regresar a su casa.

—Bueno tampoco nos emocionemos, no podemos darle el alta aún. Este es el doctor Robinson —dijo Sarah señalando a su colega Kenneth—. A partir de ahora hará el seguimiento de su caso.

—Vaya, vaya. No es que no agradezca su trabajo, doctora, pero... ¡tremendo doctor que me acaba de traer! —dijo la paciente, sonriéndole al nuevo médico, que se echó a reír.

—Muchas gracias, señora Graham, pero ¿qué le parece si nos dejamos de formalismos y nos tuteamos? Sarah es demasiado estirada —comentó el doctor acercándose a la paciente y provocando una risita nerviosa en aquella anciana mujer—. Ya que vamos a ser amigos al menos un tiempo. —Y es que a él lo mismo le daba que fueran jovencitas de veinte que señoras de sesenta como aquella. Era un ligón con todas. La señora Graham parecía encantada con el nuevo doctor y se quedó charlando con él mientras Sarah se marchó a seguir con su ronda. Una media hora más tarde ya había visto a todos sus pacientes por última vez antes de marcharse lejos durante meses. Su turno había terminado hacía horas, pero Sarah era tan responsable y estaba tan comprometida con su trabajo que no quiso marcharse sin hacer una última ronda. Se fue a cambiar de ropa pero al salir del vestuario se encontró con Kenneth apoyado en la pared de enfrente cruzado de brazos.

—¿Ocurre algo? —le preguntó nerviosa. No es que no confiara en él, pues era un excelente cirujano, pero acababa de dejar a sus pacientes en sus manos que eran lo más importante

del mundo para ella. No quería contratiempos en aquel momento. Tenía que marcharse a trabajar en ese proyecto que era su gran sueño. Sarah miró a Kenneth, quien tardó en responderle, lo que aumentó su nerviosismo.

—Tus pacientes están bien, tranquila —le dijo agarrándola de ambos hombros—. Deberías confiar más en mí. Lo que pasa es que el jefe quiere hablar contigo.

—¿Ahora? Pero si cojo un vuelo en diez horas. Además, mi busca no ha sonado —contestó Sarah mirando el aparato y apretando los botones.

—Yo que sé, Collins. Soy sólo el mensajero, pero debe de ser importante porque me ha mandado buscarte —respondió Kenneth guiándola hasta el ascensor que tomaron hasta la octava planta, donde estaba la sala de juntas. Allí se reunían para tratar ciertos temas del hospital. No comprendía qué quería aquel hombre, si había tenido tiempo suficiente de buscarla y contarle lo que necesitaba.

Apenas tenía unas horas de descanso por delante y entre ultimar preparativos y la inquietud que se había apoderado de ella, estaba segura de que no descansaría demasiado. Kenneth le abrió la puerta y Sarah se quedó sin habla al ver lo que estaba ocurriendo dentro de aquella sala. Compañeros del hospital y jefes estaban allí de pie con copas en la mano charlando unos con otros, pero cuando ella entró todos se unieron en el mismo grito de: «¡Sorpresa!». Sarah no daba crédito, le habían preparado una fiesta de despedida antes de marcharse, aquella gente que era desconocida comparada con su propia familia, la cual ni siquiera se había molestado en apoyarla en una decisión tan importante como esa.

—¡Reacciona, Sarah! —le dijo Kenneth dándole un empujoncito para que entrara. Enseguida, enfermeras, auxiliares y doctores se acercaron a ella a darle miles de abrazos, besos y a deseársle buena suerte en ese nuevo proyecto. Sarah se estaba tragando las lágrimas que pugnaban por salir, emocionada y asombrada ante tantas muestras de afecto. Tras un rato largo en el que disfrutó hablando con unos y con otros, su jefe la asió del brazo y la llevó delante del cartel alargado con letras de colores donde se leía «¡Sorpresa!». Ante la atenta mirada de

todos los asistentes, su jefe comenzó a hablar. Kenneth conectó su móvil a unos altavoces que debían de haber llevado expresamente para aquel momento, pues ella no recordaba haberlos visto antes por allí. Por los amplificadores empezó a sonar *Chasing cars* de Snow Patrol, una de las canciones preferidas de Sarah.

—Sarah Collins, cirujana de nuestro hospital y todo un ejemplo a seguir. —Palabras de su jefe, el doctor Ferguson, un hombre de mediana edad del que Sarah había aprendido todo, de hecho, había sido su mentor—: Digo que es un ejemplo no solamente porque mañana vaya a emprender una nueva vida lejos de todo lo que conoce y domina, sino porque incluso estando aquí, en nuestro hospital, lo es. Aún recuerdo el primer día que llegó, tímida y retraída, sin mirar directamente a los ojos a nadie, parecía un conejito asustado. Pero día tras día fue creciendo, aprendiendo y convirtiéndose en la gran doctora y mujer que es hoy. No dudó ni un momento en aceptar el trabajo porque ella es así, entregada con sus pacientes, amable con la gente, preocupada por las personas más desfavorecidas. Quiero agradecerle personalmente y en público haberme dejado trabajar junto a ti durante este tiempo y tener el privilegio de ser tu profesor. Yo también he aprendido mucho de ti, valores como el esfuerzo y la perseverancia. Gracias por darnos tanto, pues sé perfectamente que todas estas personas que aquí se encuentran, y alguna más que no ha podido asistir a la fiesta, suscribe mis palabras una por una.

Sarah no podía hablar pues la emoción la embargaba, ya no podía hacer nada para contener el torrente de lágrimas que salieron silenciosas tras escuchar las palabras del doctor Ferguson. Sin pizca de vergüenza, se lanzó a sus brazos y allí se quedó dándole las gracias mientras sollozaba como una niña. Más gente se unió a las bellas palabras del jefe del hospital y Sarah fue uno por uno abrazando a sus compañeros y despidiéndose de todos ellos con un nudo en la garganta.

Perdida la noción del tiempo tras aquellos últimos momentos vividos en el hospital, a Sarah le quedaban pocas horas antes de su viaje. Ya estaba por irse cuando se encontró con Anderson en la puerta. Se le veía cansado y es que llevaba ya

un turno de veinte horas. Se despidió de él, pero entonces recordó a la mujer de treinta años del accidente de tráfico.

—Por cierto ¿qué tal la mujer del accidente que vimos antes? —preguntó temiéndose la respuesta.

—No había nada que hacer, estaba bastante mal —contestó el enfermero como si de un robot se tratara, y es que con los años y la experiencia aprendían a alejarse del dolor y ser fríos con los pacientes, o si no aquello podía devorarles por dentro, aunque no por ello dejaba de parecer cruel e insensible.

—Lo siento. ¿Has avisado a la familia ya? Puedo quedarme y te ayudo, sé que es un trance complicado. —Sarah, por desgracia, había visto en su carrera de cirujana a compañeros de profesión lidiar, en varias ocasiones, con el duro momento de comunicar a la familia la muerte de su ser querido. No importaba tener mucha experiencia pues siempre era doloroso. Con el tiempo, se aprendía a transmitir la información alejándose de la situación, pero al principio se vivía en un estado de continua tristeza, según su jefe le había comunicado varias veces. Él ya era un cirujano experto con años de trabajo a sus espaldas y así lo había padecido. Ella deseaba salvar vidas, no perderlas, pero a veces era imposible. Lo entendía pero no soportaba aquello. Se sentía agradecida por no haber pasado demasiadas veces por aquel trance, pero dudaba que en África, con tan pocos recursos y tantas enfermedades graves, pudiera escapar de aquello.

—Para nada. Váyase a descansar algo antes de comenzar esa aventura apasionante y excitante en la que se va a embarcar, doctora Collins —le dijo el enfermero con gran cariño, pues pasaban tantas horas en el hospital juntos que al final eran una gran familia. Sarah le sonrió y tras darse un tímido abrazo, miró el hospital por última vez, ya que muchos meses transcurrirían antes de volver a tener esa fachada frente a ella.

Recordó en ese momento las palabras del doctor Ferguson y es que cuando llegó allí era un desastre y muchos días volvía a casa llorando. Rememoró los fallos que había cometido, las interminables rondas, los difíciles momentos siendo una

interna, acostumbrarse a los tediosos turnos, la alegría de ver a los enfermos curados, el dolor de las familias al ver a sus seres queridos morir... Una lágrima traicionera se escapó de uno de sus ojos, pero rápidamente se la secó con el dedo. No debía llorar porque estaba a punto de cumplir otro de sus sueños. El primero fue estudiar Medicina y llegar a ser cirujana. Este había comenzado cuando en segundo curso visitó la universidad una doctora que trabajaba con una ONG y admiró su trabajo de tal manera que decidió que ella haría eso algún día. Y, por fin, ese momento había llegado. Era la hora de dejar atrás todo aquello, incluyendo a su familia y amigos. Sarah apenas se dio cuenta de que había comenzado a llover hasta que alguien pronunció su nombre sacándola de sus recuerdos que la absorbían por completo.

—Sarah... —dijo alguien a su espalda. Ella reconoció esa voz, aunque deseaba que no fuera real sino un mal sueño. Era Joseph, su aún marido.

—¿Joseph? —preguntó desconcertada. ¿Qué demonios hacía allí si ya no tenían nada de lo que hablar? Bueno, más que hablar, discutir, porque era a lo que se habían dedicado durante los últimos meses. Pelea tras pelea, esa situación los había consumido.

—Te estás empapando, cariño —le dijo Joseph cubriéndola con su paraguas. Tenía su pecho a la altura de sus ojos debido a la baja estatura de Sarah. Ella alzó la vista para encontrarse con sus oscuros ojos. Lo tenía a apenas dos centímetros y no tenía el más mínimo sentimiento hacia él, aunque lo que Joseph sintiera era otro cantar.

—No sé qué haces aquí y no me llames cariño más. Tengo que marcharme —le dijo intentando salir de debajo del paraguas, pero él la había agarrado por la cintura con la mano libre y Sarah no podía librarse fácilmente. Forcejearon un momento, pero sólo consiguió que la acercara más a él y que él aprovechara su cercanía para posar sus labios sobre los de ella. Fue un beso duro y torpe con el que quería demostrar su dominio, como siempre. Él era quien mandaba, quien decía adónde iban, cómo se vestía, a qué fiesta asistían. Pero eso ya era el pasado, luchó por escaparse de ese beso que sólo le

producía arcadas y dolor—: ¡Ya basta! —le gritó soltándose de golpe y alejándose de él, mojóndose con la lluvia de nuevo.

—No basta, Sarah. Ya has demostrado que eres una mujer independiente y que te gusta tanto tu profesión como para irte al tercer mundo a sufrir como aquella gente que no tiene nada que ver contigo. Cariño, no es necesario que cojas ese avión mañana. Yo estoy aquí —le dijo tendiéndole la mano para que la cogiera y se fuera con él a su existencia cómoda y tranquila donde la infelicidad gobernaba su vida por completo.

—Precisamente es de eso de lo que huyo, Joseph. Mira, no quiero hacerte daño, pero necesito irme. Sabes que entre nosotros todo ha acabado, no lo empeores. Deja que manten-gamos el recuerdo bonito de lo que vivimos, no lo estropees más —rogó Sarah a un Joseph contrariado.

—¿Tan mal te he tratado? Porque cuando íbamos a las fiestas, te compraba vestidos caros y tenías de todo, no oí salir de tu boca una sola queja —respondió con gesto de enfado. Así que quería que hablaran de su matrimonio, en aquel momento, bajo aquella tremenda lluvia de verano, pues ella no se amedrentaría.

—¿Lo dices en serio? ¿Alguna vez te has parado a escucharme? Pero a escuchar de verdad mi opinión. Pasé de estar en las manos de mis padres a estar en las tuyas sin apenas poder pronunciar-me, porque siempre había alguien que sabía lo que era mejor para mí. Al principio de nuestra relación siempre te decía lo que quería y lo que no, pero llegó un punto en que era inútil, porque tú nunca me has escuchado ni te ha importado lo que tuviera que decir. Con tal de llevarme como un trofeo estabas satisfecho. Tú nunca me has querido realmente, sino que estás enamorado de la idea de pareja que hacemos y que cautiva a la prensa, pero eso terminó. Por fin me libero de esas cadenas, de las tuyas, de las de mis padres, de las de la sociedad en la que vivimos. ¡Soy libre! —Fue en aquel momento cuando fue plenamente consciente de lo que acababa de decir. Era libre, ya nadie le diría qué debía comer para mantener la figura, ni con quién debía salir por el bien de la carrera de su marido, un político prometedor al igual que su hermano. Comenzó a andar alejándose de Joseph con una sonrisa en los

labios, pero le duró poco tras escuchar las últimas palabras de su todavía marido.

—Si mañana te marchas en ese avión, convertiré tu vida en un infierno. Más que el que vas a vivir allí.

*

Un nuevo amanecer comenzaba a dibujarse sobre la ciudad de Boston. Sarah se duchó y se preparó para su viaje. Desayunó poco, pues los nervios no le dejaban comer nada. Tras revisar su apartamento por última vez, bajó las escaleras con la pesada maleta dado que vivía en un tercero sin ascensor y dejó las llaves en el buzón de su amiga Nicole, la encargada de cuidarle la casa en su ausencia y su mejor amiga desde que se habían conocido en el hospital hacía ya tres años. Se conocieron cuando Nicole acudió al hospital para extirparse unos lunares sospechosos y molestos. Tras analizarlos descubrieron que tenía un cáncer de piel en estadio dos y desde entonces se hicieron inseparables. Sarah estuvo con ella durante todo el proceso que Nicole tuvo que pasar, no había dos amigas más unidas que ellas.

Cuando la conoció, su impresión fue bastante diferente, pues su amiga tenía la costumbre de acariciar su larga melena castaña y colocársela a un lado y a Sarah eso le parecía un gesto bastante pretencioso. Si, además, se añadía que siempre iba impecablemente vestida, incluso a veces demasiado sexi, con unos tacones altísimos y el *eyeliner* perfectamente dibujado para resaltar sus profundos ojos negros, la conclusión era que, debido a prejuicios infundados, no le había caído muy bien que digamos.

Sarah consiguió parar un taxi que la llevó hasta el aeropuerto. Tras unas horas en las que facturó, estuvo leyendo la información de la misión de las hermanas marianas del Señor a la que se dirigía en Obandé, África. Allí la esperaban la hermana Agnes y el padre Maximilian. Su jefe de Boston le había asegurado que eran personas muy cualificadas que se desvivían por la comunidad. Sarah pensó en todo el trabajo que tenía por delante, pues el hospital había sido creado hacía poco tiempo

y, prácticamente, era ella la que debía ponerlo en marcha. Un nudo se instaló en su estómago. ¿Y si no daba la talla? Desechó aquel pensamiento inmediatamente, tenía muchas ganas de trabajar, era constante y bastante cabezona, así que haría todo lo que fuera necesario para sacar a flote aquel hospital.

Ella había sido otra persona durante años, la que ellos querían que fuese. No estaba bien porque aunque sonriera por fuera la habían estado matando por dentro. Se acabó, no volvería a dudar de sí misma, de vivir su vida y hacer las cosas que la hicieran sentirse bien. A punto de abandonar su ciudad por un año, notó una presencia que la miraba desde cerca, alzó la vista y vio a su madre mirándola sin saber si acercarse o marcharse. Sarah, impactada por verla allí, se quitó los auriculares y fue a su encuentro.

—¿Mamá? —preguntó sin saber si abrazarla.

—Sarah, yo... —Su madre estaba emocionada y no podía hablar. Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero era una mujer fuerte y siempre debía aparentar que todo estaba bien, así que evitaría montar una escena a toda costa.

—¿Ha pasado algo? ¿Está bien papá? ¿Y Robert? —Quiso saber ella alarmada. No podía creer que su madre estuviera en el aeropuerto simplemente para despedirla.

—Todos están perfectamente, pero no quería que te marcharas de esta forma. Hija, yo sé que no comprendes nuestra forma de vida y que nunca la has compartido, aunque no lo entiendo, te hemos educado como mejor sabíamos y jamás te ha faltado de nada —comenzó su madre por reprocharle.

—Mamá, por favor, no me quiero ir enfadada con vosotros, pero no me respetáis, es más, nunca lo habéis hecho. Siempre habéis querido imponer vuestro parecer, yo he agachado la cabeza y he obedecido, aunque me asfixiara en el proceso. Tú, papá, hasta Joseph, todos me habéis tratado así. Entiendo que queríais lo mejor para la familia, pero nunca os habéis parado a pensar qué quería yo y, por eso, tanto enfrentamiento, tanta discusión, aunque cuando aprendí que era inútil, lo dejé. Me he ahogado tanto en esa vida vuestra que he tenido que alejarme de vosotros y volver a ser simplemente Sarah. Necesito ser yo de nuevo porque ahora mismo no me reconozco. —Sintió

hacer daño a su madre con sus palabras, pero la situación requería su sinceridad.

—Nunca pensé que te estuviéramos provocando semejante dolor y que te anuláramos de esa forma. Yo, como madre, siempre he hecho lo que creía que era lo mejor, tanto para ti como para la familia. No quiero que te vayas en estas condiciones porque no sé si te vas con la certeza de que para tu padre y para mí eres lo más importante y que te queremos, aunque no lo creas —dijo su madre con tristeza en su voz. Sarah apretó su brazo y ella posó su mano encima en un gesto de cariño que jamás había tenido en público con ella.

—Lo sé pero vuestra forma de querer ha sido demasiado agobiante, de ahora en adelante todo será diferente. Dile a Robert y a papá que los quiero —terminó por decir Sarah con la emoción apretándole la garganta. Su madre la abrazó y permanecieron en ese estado durante varios minutos hasta que oyeron que llamaban para el vuelo de Sarah.

—Cuídate mucho, hija —dijo su madre rozando su mejilla con suavidad, limpiando el resto de las lágrimas que surcaban su rostro, ella asintió y caminó hacia la puerta de embarque. Tras mostrar su DNI y enseñar el billete, se giró por última vez antes de embarcarse. Su madre le sonrió y ella, emocionada, subió al avión que la llevaría a un nuevo destino que cambiaría su vida para siempre.

2



Sarah llevaba ya cuatro meses en la misión. Desde el día que llegó, su vida había dado un giro radical. En aquella mañana calurosa no parecía que estuviesen en invierno con la Navidad a la vuelta de la esquina. Las temperaturas rondaban los treinta grados centígrados. Aún le costaba acostumbrarse al clima pues, en Boston, la nieve en invierno era de lo más habitual. Extrañaba verla caer, ponerse el abrigo, el gorro junto a la bufanda, y pasear por las frías calles. Nicole y ella adoraban pasear en los días nevados e ir a patinar. Su amiga no tenía a nadie, ella era su única familia y a pesar de entender su decisión se le había partido el corazón cuando le comunicó su determinación de marcharse a la misión. Desde su llegada a Obandé no se había puesto en contacto mucho con su querida amiga porque la wifi del lugar a veces fallaba, ese era el gran problema de estar a las afueras, las comunicaciones no funcionaban tan bien como en la capital y francamente la echaba mucho de menos.

—Sarah —le dijo la hermana Agnes sacándola de sus pensamientos—. Se te hace tarde para ir a recoger al nuevo doctor. Ya sabes que Mahmood no se encuentra bien últimamente.

Mahmood era un voluntario que colaboraba con la misión de las hermanas siempre que podía, pues toda ayuda era poca en aquellas condiciones. Estaba cerca de la cuarentena y tenía aspecto de cansado, como si hubiera vivido mucho en poco tiempo. Su pelo era corto y negro y tenía una complexión fuerte, además de ser bastante alto. Iba bastante bien vestido, a pesar de sus humildes condiciones de vida.

—Es cierto, hermana. Me voy volando —le dijo Sarah cogiendo las llaves del jeep de la mano de la religiosa—. Y no se olvide decirle a Mahmood que esta tarde tiene que venir a la consulta para que vea cómo se encuentra. —Con la sonrisa que jamás desaparecía del rostro de aquella menuda mujer se despidió con un gesto con la mano y salió corriendo hacia el coche. La religiosa era una mujer muy bajita y delgada pero con un carácter fuerte, era resolutiva y no se apocaba ante nada. Con sus gafas siempre colgando en el puente de la nariz, sus ojos celestes transmitían tanta paz que Sarah, con sólo mirarla, se sentía relajada y tranquila.

Tras media hora de viaje, llegó al aeropuerto. Sarah veía cómo salían por la puerta principal decenas de personas, pero ninguna se fijaba en su cartel, donde aparecía el nombre del doctor Elliot Savannah. La gente siguió pasando y Sarah estaba empezando a impacientarse, así que comenzó a decir su nombre en voz alta, casi chillando, por lo que los pasajeros y demás gente la miraban horrorizados e incluso hacían comentarios sobre aquel comportamiento, pero ella tenía muchísimas cosas que hacer y no podía perder el tiempo.

—¿¡Doctor Savannah?! ¿¡Doctor Savannah?! —gritaba mirando a la gente que seguramente estaría pensando que era una loca, tenía tantas tareas pendientes en el hospital que se estaba desesperando por recoger al nuevo doctor y marcharse a la misión de nuevo.

—Creo que ese soy yo —respondió una voz profunda a su espalda.

Sarah se dio la vuelta y vio al nuevo doctor. Un hombre alto, de pelo corto castaño, con unos profundos ojos marrones y un cuerpo bien definido. Sintió un escalofrío al mirarlo a los

ojos y un impacto directo en su corazón. ¿Eso era lo que se experimentaba al tener un flechazo? Ella nunca antes había sentido nada semejante, no era capaz de articular palabra. Aquel hombre que tenía enfrente tan sencillamente vestido con una camiseta de manga corta blanca que marcaba claramente los músculos de sus brazos, unos vaqueros azules desgastados y unas deportivas blancas, la miraba fijamente.

—¿Es usted de la misión?

—Sí, claro. Soy la doctora Collins —le respondió Sarah tras tragar saliva haciendo acopio de fuerza, pues se había quedado petrificada. A continuación, le guió hasta el coche donde el doctor dejó su maleta y se sentó junto a ella en el asiento del copiloto. Sarah inhaló antes de entrar, pues ya habían pasado un par de minutos y aún le costaba actuar de con calma. Dentro del coche fue aún peor, pues aquel hombre desprendía un olor que la hacía removerse inquieta y su estómago no dejaba de dar saltos. Se concentró en la carretera y en la música que salía por la radio, pero no sabía qué decir, y finalmente fue el doctor el que empezó la conversación.

—¿Está muy lejos la misión? —Quiso saber el hombre.

—No, apenas se tarda unos treinta minutos —consiguió decirle ella sin apartar la vista del trazado sinuoso de la carretera.

—Perfecto. Estoy deseando comenzar a trabajar allí —le dijo él mirando por la ventanilla. Ella lo miró de reojo y vio que estaba ensimismado con las vistas al igual que le ocurrió a ella el día que llegó—: ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Cuatro meses —le dijo Sarah sin apartar la vista de la carretera.

—Si no le importa preferiría que nos tuteáramos ya que vamos a trabajar juntos —pidió el nuevo médico a la joven doctora que era incapaz de mirarle.

—Por mi perfecto —contestó ella muy escuetamente.

Pasados diez largos minutos en los que charlaron sobre el asfixiante calor que hacía, comentaron la vegetación que se encontraban a su paso y hablaron del largo viaje hasta llegar a África, llegaron a la misión. Sarah nunca había deseado tanto llegar a algún lugar como en aquella ocasión, en el coche se

estaba ahogando y no precisamente por la temperatura que rozaba los cuarenta y tres grados centígrados, a lo que ya se iba acostumbrando. Ese hombre había provocado una gran impresión en ella y necesitaba estar lejos de él, al menos durante un rato. En la entrada del Hospital les esperaban el padre Maximilian y la hermana Agnes.

—Bienvenido a la misión, doctor Savannah —le dijo el padre estrechando su mano.

—Bien hallado, gracias —contestó el doctor. El padre le presentó a la hermana Agnes, que lo recibió igual que hiciera con Sarah, con un conmovedor abrazo. El hombre le sonrió y se apartó al instante, pues le resultaba demasiado próximo abrazar a una persona completamente extraña.

Sarah se excusó y salió pitando de allí, llevaba solamente media hora junto al doctor con el que debía trabajar codo con codo a diario, y ya no soportaba su cercanía. ¿Qué se suponía que iba a hacer? En la intimidad de su habitación abrió el paquete que le había entregado una de las religiosas al comenzar el día. Era de Nicole, siempre tan atenta con ella, no olvidaba los momentos especiales y sabía que la Navidad no era una de sus épocas preferidas. Así que, de alguna manera, había querido estar cerca de ella. Sarah abrió el envoltorio y se encontró con varios DVD que le enviaba Nicole. Eran algunas de sus películas favoritas. Las había tenido que dejar en Boston por cuestión de peso, pero al verlas recordó cómo cada fin de semana las veían juntas en su casa. Para hacerla sentir algo más junto a ella le envió aquellas cintas tan especiales acompañadas de una nota de mano de la propia Nicole.

¡Hola, cuqui!

Ya sé que estás muy ocupada pero no quiero que te olvides de mí ni de los momentos especiales que hemos vivido, así que para recordártelos te mando esto para que cuando las veas recuerdes nuestras tardes hogareñas, con la mantita y las palomitas (y a veces los clínex). Espero que todo siga marchando perfectamente. Te echo mucho de menos y te quiero mucho más.

Nic

Sarah se emocionó al leer la nota tan emotiva que su amiga le había mandado junto a las películas y vio que se trataba de las más especiales para ella, que era una romántica empedernida y una apasionada de Fred Astaire y Ginger Rogers. Entre ellas estaban *Swing time*, *Ritmo loco*, *Amanda* y su favorita *Sombrero de copa*. Las guardó en la mesita de noche con la intención de disfrutar de ellas en cuanto tuviese un hueco, pero cuando vio su preferida no pudo resistirse a ponerla en la disquetera de su portátil. Buscó el momento en el que Fred baila con Ginger la canción de *Cheek to cheek*, su escena favorita de la película y tarareó la letra mientras los veía bailar mejilla con mejilla, como decía la canción. Sarah siempre había querido aprender a bailar como ellos desde que era pequeña, y cuando no la veían ponía el DVD y los imitaba extendiendo los brazos al aire como si el hombre de sus sueños estuviera danzando con ella.

Aún recordaba Sarah cómo Nicole sí que había sido un gran apoyo y había sido también de gran ayuda a la hora de decidirse...

*

Cinco meses atrás estaba en la tumbona de la piscina municipal a la que había acudido, ya que era su día libre, para dorar un poco su pálida piel, pues tenía complejo de fantasma. Había llegado a la conclusión de que el sol no la quería porque daba igual el tiempo que lo tomara, siempre con protección, que no se ponía morena ni a tiros. Estaba completamente relajada, se había puesto unas gafas de sol grandes, de esas que se llevan ahora, que le encantan porque la protegen entera y una pamelita color amarillo a juego con el bikini, de un tono también amarillo limón, su color preferido. Sarah, entonces, oyó que le llegaba un mensaje al Iphone. Cogió el móvil que estaba dentro de su canasta, justo a su lado y al leerlo sonrió:

Nicole:

¡Sarah! Mueve tu culo de esa tumbona, quedamos para comer en Tommy's en media hora y no acepto un no como respuesta. Se me ha vuelto a estropear el WhatsApp. ¡Menuda mierda

de móvil! Ya me podías comprar uno que estoy sin blanca. Por cierto, en el mensaje va implícito que invitas tú. ¡Un beso doctorcita!

Así era ella, directa y sincera. Desde que se conocieron en el hospital antes de que la operaran, conectaron. Tras diagnosticarle un cáncer salían de tiendas y a comer, siempre que Joseph estuviera en viaje de trabajo, porque aún por aquel tiempo Sarah seguía casada con él. A pesar de todo, su matrimonio era ya una farsa. Nicole la ayudó en el duro trance de enfrentarse a él y decirle que hasta ahí habían llegado y que ya era suficiente, siempre había estado a su lado cuando la necesitaba.

Tras cambiarse de ropa, vestida con unos cómodos vaqueros y una camiseta de tirantes con flores, estaba preparada para reunirse con su mejor amiga y disfrutar de ese tiempo juntas. Sarah llegó antes porque para Nicole lo de la puntualidad era un concepto abstracto, nunca había llegado a la hora de la cita. Eso era algo que a Sarah la ponía de los nervios, pero ya se sabe que cuando quieres a alguien, debes aceptarlo como es. Media hora más tarde, Nicole apareció con su vestido palabra de honor blanco muy por encima de la rodilla y sus tacones a juego, el pelo rubio en una coleta alta y maquillada como siempre. Ya ni siquiera se disculpaba porque daba por hecho que era lo habitual.

—Uf, ¡qué calor hace por Dios bendito! —Fue lo primero que dijo antes de darle un abrazo y un beso; Sarah se rio a la vez que asentía con la cabeza—. Oye, ponme una cerveza bien fresquita. Gracias, morenazo —le dijo a uno de los camareros que pasaban por su lado en ese momento. Su teléfono sonó y contestó inmediatamente. Nicole ponía caras porque la llamaba su jefe que no la dejaba respirar ni estando de vacaciones.

—No entiendo por qué permites que te moleste en vacaciones, que se ocupe otra —le dijo Sarah al colgar.

—¿Y qué quieres que haga? No está la vida como para ir quejándose. Además, sólo quiere desahogarse conmigo porque nadie hace mi trabajo tan bien como yo. Mi jefe necesita

gente eficaz y, perdona que te lo diga, cariño, pero para eficiente, yo —contestó ella empolvándose la nariz mientras hablaban.

—¿Pero es que no hay más secretarias eficientes en esa empresa? Además, la sede de Collider está en España, ¿por qué tiene que contactar contigo cada dos por tres? ¡Si tú vives en Boston!

—Sí, es cierto que la central está allí, pero en Boston tienen oficina también y al estar mi jefe de baja, yo soy la más antigua. Las nuevas, Elise y Emma, acaban de llegar y aún están a años luz de mi experiencia, pero la verdad es que yo creo que le gusto al señor Robertson.

—Ya te gustaría a ti, con esa mujer que tiene y lo enamorado que está de ella, pero de ilusiones también se vive —le dijo Sarah para hacerle rabiar, y es que su jefe estaba como un tren. Pero, por desgracia para el resto de féminas, estaba muy enamorado de su mujer, que era su antigua secretaria. Estaba embarazada y había cogido la baja para disfrutar de su estado sin estrés, o eso era lo que a su marido se le había metido entre ceja y ceja. Nicole hizo una mueca de desagrado al comentario y lo ignoró por completo.

—Espero que hayas traído suficiente dinero porque me muero de hambre y estoy sin blanca. Me lo he fundido todo en las vacaciones en el Caribe.

—Eso, tú dame envidia —respondió Sarah tirándole una servilleta de papel hecha una pelotita.

—¡Dios, Sarah! Tenemos que ir allí, aquello es el paraíso. Hay una de hombres que madre de mi vida —dijo Nicole llevándose la mano al pecho, actuando como solo ella sabía, y es que era un poquito dramática.

—¡Pero si tú tienes novio! Que, por cierto, ¿cuándo se va a obrar el milagro de que me lo presentes? Yo creo que ya va siendo hora, no te preocupes que no te lo pienso quitar —siguió bromeando.

—Ni se te ocurra. Este me encanta, Sarah. Me hace sentir especial y hasta me estoy planteando algo más en serio con él. Ya sabes que me resulta difícil decir la palabra «novio», pero con él estoy a punto de pronunciarla —dijo sonrojándose. Era

la primera vez que Sarah la veía ruborizarse al hablar de un hombre, muy especial debía ser.

—¡Pero cómo no me lo cuentas! Ahora sí que tengo que saber todo de él —gritó ansiosa y queriendo saber mucho más del hombre que iba a conseguir que la gran Nic «devorahombres» como la llamaban desde el instituto, sentara la cabeza.

—Ya hablaremos de eso, ahora lo que me interesa es saber si ya has tomado una decisión en cuanto a lo de África. Sabes que no quiero presionarte y por eso hemos estado evitando el tema, pero, cuqui, tienes que decidirte —dijo Nicole empleando el apelativo cariñoso que siempre usaba.

—Es que no sé, Nic. ¿Y si es un fiasco? En la misión esperaban a mi jefe y voy a llegar yo, que no tengo ni la mitad de su experiencia. Además, estás tú, no quiero dejarte sola, y mi familia que, como siempre, no me apoya —se lamentó Sarah apoyando la mejilla en la mano que tenía sobre la mesa.

—Por favor, Sarah, una persona sola no puede pensar en tantas cosas, le daría un infarto. Vamos por partes. Tu jefe confía en ti y sabe que lo vas a hacer estupendamente o si no jamás te lo hubiera propuesto y lo sabes. Tu familia, ya sabemos cómo son, cariño, de dónde no hay, no se puede sacar. Y respecto a mí, claro que te voy a echar de menos, pero me hace feliz saber que vas a cumplir uno de tus sueños. Nunca me perdonaría ser la persona que te impidiera alcanzarlos por puro egoísmo —sentenció Nicole con aquel monólogo, que la dejó algo más tranquila al saber que siempre contaría con su apoyo incondicional.

Y así fue cómo se decidió finalmente a aceptar el trabajo en Obandé, no por hacer rabiar a su familia. En ese momento, ni siquiera se trataba de cumplir un sueño. El apoyo de Nic había hecho que comprendiera que contaría con ella toda la vida, se equivocara o no, actuara mejor o peor, ella siempre estaría a su lado. Como se suele decir, los amigos son la familia que elegimos y Nicole la había elegido a ella.

*

A la hora de la comida, Sarah no tuvo más remedio que entrar al comedor y sentarse junto al resto de comensales. El doctor Savannah estaba hablando con el padre Maximilian tranquilamente en un extremo de la mesa, por lo que eligió posicionarse al otro lado junto a la hermana Agnes. Comió con cierto nerviosismo, pues de vez en cuando el doctor la observaba y una simple mirada de él la hacía sentirse inquieta. Sus ojos, profundos y penetrantes no mostraban ninguna emoción, no conseguía descifrar en qué estaba pensando. En cuanto terminó de comer se fue al hospital rápidamente para hacer la ronda de los enfermos que tenía hospitalizados. Se puso la bata blanca en el pequeño cuartito que hacía las veces de vestuario, pero al salir se tropezó con alguien.

—Perdón —dijo ella sujetándose al pecho del hombre con el que acababa de chocar, no fue necesario alzar los ojos para saber que se trataba del doctor Savannah, pues su olor le delataba.

—No te preocupes —contestó apartándose de ella—. Has salido tan deprisa del comedor que casi no me ha dado tiempo a seguirte.

Sarah se quedó mirándole extrañada, porque no sabía a qué se refería. ¿Por qué la seguía? De nuevo, la inquietud en su cuerpo junto al vaivén que sentía en el estómago al tenerlo tan cerca. El doctor debió de adivinar sus pensamientos porque enseguida la sacó de dudas.

—Porque se supone que trabajamos juntos ¿no es así, Sarah? —pronunció su nombre de una forma que a ella le pareció tan erótica que era imposible no sentir el deseo que la invadió por completo. Sin poder evitarlo se concentró en sus labios y se imaginó besándolos, obligando a su labio inferior a abrirse para introducir su lengua y buscar la de Elliot, saborearla, deleitarse en un beso profundo y delicado. ¿Sería así?—. ¿Sarah?

—Cla... claro, perdóneme, es que quería ver a mis pacientes y al estar haciendo todo esto sola desde que he llegado no me he dado cuenta... —Quiso excusarse ella sin mirarle a los ojos, no entendía por qué pero su mirada tenía un efecto electrificante en ella. Comenzó a girarse cuando el doctor la

agarró del brazo girándola frente a ella y casi en un susurro le contestó.

—Ya no tendrás que hacer nada sola, Sarah. Yo estoy aquí. —Esas simples palabras junto a su delicioso olor y su mirada penetrante dejaron a Sarah clavada en el suelo—. Y recuerda que nos tuteamos, llámame Elliot.